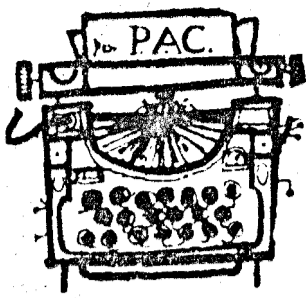


escrito a máquina

*Nos estamos
quedando
sin habla*



En la educación nicaragüense hay una falla fundamental cuya causa es urgente detectar: no sabemos expresarnos, no dominamos nuestra lengua. Ya sea como catedrático, ya como periodista, ya como simple oyente de conferencias, radios o conversaciones, he constatado con alarma que en vez de disminuir, aumenta nuestra falta de dominio del lenguaje. A medida que se expande la enseñanza parece que se reduce nuestra capacidad de darnos a entender. No se trata, solamente, de falta de gramática, sino de algo más grave: se trata del disparate o bien de la cursilería, dos formas de mala puntería en la expresión. No decimos lo que queremos decir. El instrumento-lenguaje no coge los objetos o cosas sino que torpemente los roza o los tira al suelo como la mano insegura de un paralítico.

Una de mis grandes desilusiones como catedrático universitario fue descubrir entre muchos alumnos de altos grados (por no decir entre la mayoría) e incluso entre algunos profesores y decanos, terribles fallas de redacción que denotaban, más que una ignorancia de reglas, una atrofia intelectual. ¿Por qué atrofia? —Porque si el hombre no se sabe expresar quiere decir que la claridad de su inteligencia está ofuscada por grandes nubarrones oscuros, que sus ideas no están claras; quiere decir que no sabe profundizar en sus sentimientos, que no sabe iluminar dentro de sí lo que siente para decirlo; y en consecuencia, quiere también decir que su voluntad no puede ser firme porque no tiene ideas claras ni claridad de conciencia. La falta de redacción, la falta de dominio del propio lenguaje es una falla mucho más grave de lo que parece en la formación de un pueblo. Sería de preguntarse si buena parte de nuestra decadencia moral y cívica, de nuestra falta de carácter y de entereza, no se derivan de que nos "estamos quedando sin habla". Perder el habla es un desmayo del carácter. Somos discontinuos y veletas. "Pienso —decía un notable sicólogo de la pedagogía, el alemán Theoderich Kammann— que la formación básica en la lengua materna tiene fundamental importancia, no sólo para la construcción del mundo de las percepciones y las representaciones, sino también para la formación del carácter y muy especialmente para la nobleza de los sentimientos y la claridad de la conciencia".

Conversando con otros catedráticos —que me comunicaron similares experiencias— yo le adjudicaba la falta de redacción o dominio del lenguaje, a la mala formación en secundaria, pero he llegado a la conclusión de que, si bien es cierto que nuestra enseñanza primaria y secundaria suele ser fatal en esta materia básica —la raíz está en nuestros mismos hogares. Son muy pocos los padres que muestran la menor preocupación por dotar al niño de ese formidable instrumento que es su lengua: —mucho más eficaz, al fin y al cabo, que una profesión o un título—. Cuando uno tiene ocasión de conocer hogares europeos se da cuenta —por contraste— de la importancia que los padres y madres dan a que el niño se exprese bien. Lo consideran un aspecto fundamental de la formación de su carácter.

En el mismo sentido, había observado ya, durante mis años de agricultor y de finquero, cómo nuestros campesinos, nuestros marinos lacustres y nuestros hombres rurales suelen decir lo que quieren directa y claramente, sin caer en idiotismos, en titubeos o en esa palabrería cursi y hueca a la que es tan inclinado nuestro hombre urbano ya alfabetizado. Incluso en los mercados encontramos analfabetos que hablan con un dominio elemental pero formidable —en cuanto a capacidad creadora— de su lengua. Parece que hay una enseñanza en el oficio, en el trabajo, en la relación con la naturaleza mucho más eficaz que muchas avanzadas pedagogías. El lenguaje, decía Leibniz, es la "philosophia nata": el humilde hombre capaz de usar bien un refrán o de inventarlo oportunamente está más cerca de la verdadera sabiduría que el atiborrado de conocimientos pero incapaz de expresarlos. Esos tipos anónimos (filósofos natos, poetas natos) son, casi siempre los que crean esas expresiones, esas formas de gracia y concisión —un apólogo, un dicho, un canto— que encierran o revelan la esencia de lo que somos y que, luego, los demás —incluyendo los hombres cultos— repetimos, y los elevamos a signos y a símbolos de la personalidad colectiva y recurrimos a ellos para afirmarnos como pueblo.

Sin embargo, esta riqueza expresiva —que creó un abundante folklore— la estamos perdiendo también. Aumentan nuestros medios e instrumentos de comunicación y cada día somos menos originales, menos nicaragüenses. No damos con nosotros mismos. Nuestra identidad se nos escapa en la medida en que se nos esca-

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

pa el habla. "El desarrollo del lenguaje —di un autor— es un índice preciso del crecimiento del conocimiento de sí mismo y de la progresiva experiencia del mundo". Por el contrario, como bien lo sugiere la frase popular "perder el habla" es perder el conocimiento.

En la raíz del hogar comienza, pues, a debilitarse nuestro dominio del lenguaje. Cada día hay menos diálogo entre padres e hijos: el lenguaje no se posee plenamente sin ese aprendizaje personal, afectivo y dialogal en la escuela. Si a la falta del magisterio afectivo y paternal agregamos el desorden y la fealdad burguesa de nuestras grandes mayorías urbanas (promiscuidad, la apretazón, las imágenes caóticas que acumula la sensibilidad e impresionabilidad del niño): el crecimiento de la planta y la lengua no puede ser peor. Ese caos del mundo exterior inmediato —sin incluir el hambre y las frustraciones vitales que ya son otro problema— desordenan totalmente la mente infantil y dañan su capacidad de expresión. (Algunos educadores sostienen que la televisión produce en la mente del niño iguales resultados de desorden y anarquía mental que la vida en un tugurio urbano: de ser así, los pobres por el tugurio y los ricos por la TV serían nivelados por una misma deformación: su lenguaje será igualmente inexpresivo, empujado y monótono).

Luego viene la escuela, luego los textos llamados técnicos que privan al niño de una relación efectiva y vital con su tierra natal —relación que Goethe consideraba fundamental para la educación del niño— textos que cargan al niño de sensiblerías y de infantilismos falsos. Luego el otro magisterio, el de secundaria, donde de no pocos maestros consuman la ruina atañiendo a todas las desviaciones, la triste confusión de cultura con cursilería.

Es el "lenguaje literario". Lo que solemos llamar "lenguaje literario": lo florido, "galas de la pluma", la confitería, el oropel; ¡Cuánto niño es capaz en su infancia del verdadero goce noético —con qué sencillez y bien y gustan la buena y verdadera literatura y luego, apenas se les "enseña" literatura cambian radicalmente y nunca más vuelven a catar el paraíso perdido!

Alguna vez será necesario escribir sobre esto.

PABLO ANTONIO CUADERN

—»(O)«—

NOTA:—En honor de muchos maestros y en honor de muchos alumnos debo explicar que mi artículo no quiere referirse a las excepciones, son muchas, sino a la corriente general de nuestra educación, la cual, comenzando en el hogar llega hasta las universidades en la misma vía de desprecio por esa fundamental materia de la educación humana que es el dominio de la expresión.